

Tema 3: Metafísica



Profesora Sara Eugenia Ferreño Pérez
Filosofía, 1º de Bachillerato



Tema 3: Metafísica

ÍNDICE DEL TEMA:

1. ¿Qué es la Metafísica?

- 1.1. Definición y objeto de la metafísica.
- 1.2. El problema metafísico de lo real.

2. Problemas clásicos de la Metafísica

- 2.1. Apariencia y realidad.
- 2.2. Permanencia y cambio.
- 2.3. Unidad y pluralidad.

3. Categorías y modos de ser

- 3.1. ¿Qué significa decir que algo es?
- 3.2. Las categorías aristotélicas.
- 3.3. Ser sustancial, ser relacional, ser en potencia y ser en acto.

4. Entidades físicas y objetos ideales

- 4.1. ¿Qué es un universal?
- 4.2. Realismo, nominalismo y conceptualismo.
- 4.3. Ejemplos actuales: números, leyes científicas, algoritmos.

5. Necesidad, contingencia y libertad

- 5.1. Necesidad.
- 5.2. Contingencia.
- 5.3. Libertad.

6. El problema de la existencia de Dios

- 6.1. Dios como fundamento último de la realidad.
- 6.2. Teísmo, ateísmo y agnosticismo.
- 6.3. Pruebas filosóficas clásicas y razones contemporáneas para creer y no creer.

7. Síntesis y reflexión final

- 7.1. ¿Cómo nos afecta la metafísica en la vida cotidiana?
- 7.2. Preguntas abiertas para el debate.

Bibliografía

Actividades de repaso

Esquema – resumen del tema

1. ¿Qué es la Metafísica?

1.1. Definición y objeto de la metafísica.

La metafísica es una **rama fundamental de la filosofía** que se pregunta por la **realidad en su sentido más profundo**. Mientras que las ciencias estudian aspectos concretos (la biología la vida, la física la materia, la psicología la mente...), la metafísica se pregunta **qué significa que algo sea y qué hay en común en todas las cosas que existen**.

El término “**metafísica**” aparece cuando **Andrónico de Rodas**, en el siglo I a. C., ordenó y clasificó los escritos aristotélicos. Al hacerlo, situó los textos dedicados a la reflexión sobre el ser y la realidad después de los tratados sobre la naturaleza (los libros de *Física*). Por esa sencilla razón editorial se empezó a hablar de “metafísica”, que significa **literalmente “lo que está después de la física”**.

Con el tiempo, el término adquirió un sentido más profundo y pasó a designar **aquello que va más allá de lo que percibimos directamente, es decir, aquello que fundamenta o da sentido a la realidad visible**.

1.2. El problema metafísico de lo real.

La metafísica, por tanto, no trata de algo alejado o extraño, sino de aquello que sostiene lo que vemos y experimentamos.



Cuando tratamos de **comprender la realidad**, la metafísica no se conforma con describir lo que vemos, sino que busca aquello que lo hace posible. Por ejemplo, en un mundo en el que muchas de nuestras interacciones ocurren a través de pantallas, redes sociales y avatares digitales, surge la pregunta de si lo que aparece ante nosotros es realmente lo que es, o solo una construcción o una imagen parcial (**problema de la apariencia y la realidad**). La metafísica intenta aclarar qué significa decir que algo es auténtico o verdadero más allá de cómo se presenta.

Del mismo modo, cuando pensamos en nosotros mismos a lo largo del tiempo, sabemos que cambiamos físicamente, emocionalmente y en nuestra forma de pensar, pero aun así seguimos diciendo “soy yo”. La metafísica se pregunta qué es *eso que permanece* en nosotros a pesar de las transformaciones (**problema de la permanencia y el cambio**).

Finalmente, cuando observamos que el mundo está formado por una enorme variedad de seres y objetos muy diferentes entre sí, la pregunta metafísica consiste en investigar si todos ellos comparten *algo común* que los hace ser lo que son, o si la realidad está fragmentada y sin unidad (**problema de la unidad y la pluralidad**).

La pregunta por lo real sigue siendo actual. En un contexto en el que la tecnología produce imágenes, simulaciones y entornos virtuales que pueden ser experimentados casi como si fueran reales, distinguir entre lo que aparece y lo que realmente es se vuelve una tarea filosófica urgente. **La metafísica nos ayuda**, por tanto, **a no dar por supuesto aquello que vemos y a interrogarnos sobre lo que existe, lo que permanece, lo que tiene sentido y lo que puede ser considerado verdadero**.

2. Problemas clásicos de la metafísica

2.1. Apariencia y realidad

La cuestión de **distinguir entre apariencia y realidad** constituye uno de los núcleos más antiguos y persistentes de la metafísica. Los seres humanos no solo percibimos lo que nos rodea, sino que también intentamos comprenderlo y otorgarle un sentido. Sin embargo, lo que aparece ante nuestros sentidos no siempre coincide con lo que las cosas son en profundidad. Nuestros sentidos pueden engañarnos, la imaginación puede exagerar y las emociones pueden distorsionar la forma en que interpretamos el mundo. Por ello, la filosofía se planteó muy pronto una pregunta fundamental: **¿existe una realidad verdadera más allá de lo que simplemente se muestra?**

En la **Grecia antigua**, esta cuestión se expresó en la tensión entre Heráclito y Parménides. **Heráclito** observaba **el mundo tal como aparece ante los sentidos: cambiante, dinámico, en constante transformación**. Para él, lo real es un flujo incesante, y por eso afirmó que «todo fluye».

Parménides, en cambio, sostuvo que la experiencia sensible no puede ser fuente de verdad, porque lo que se nos muestra es variable y contradictorio. Según él, **solo la razón puede revelar una realidad profunda, única, eterna e inmutable**. De este modo, lo que captan los sentidos sería mera apariencia, mientras que la auténtica realidad solo puede conocerse mediante el pensamiento. Esta oposición no solo expresa dos visiones diferentes sobre la realidad, sino que sitúa el núcleo del problema metafísico: ¿debemos confiar en lo que percibimos o, por el contrario, es necesario desconfiar de la apariencia para acceder a la verdad?



El cambio es aparente. La auténtica realidad no cambia, es permanente, y la captamos por nuestra razón (logos).



Parménides

El ser es y
no puede no ser

$$\neg(A \wedge \neg A)$$

PRINCIPIO DE NO CONTRADICCIÓN

La realidad está en permanente cambio,
tal y como aparece a nuestros sentidos.



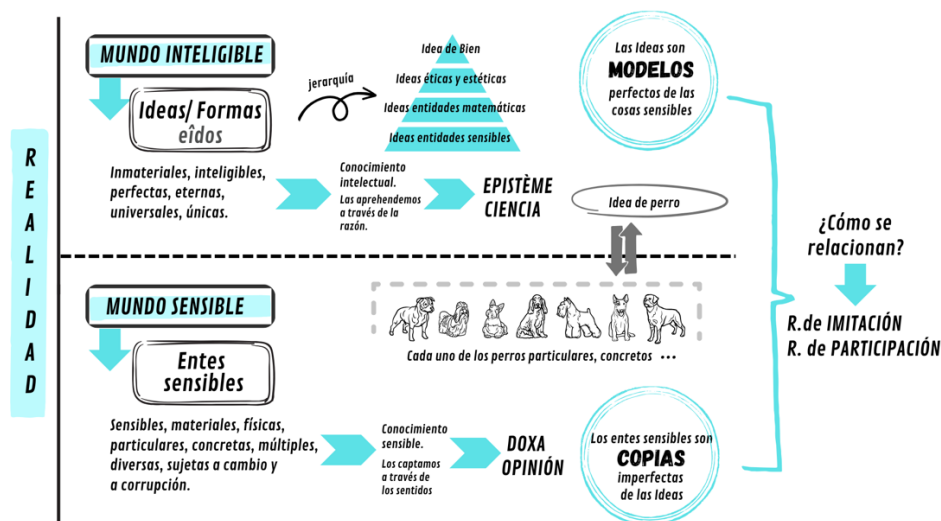
Heráclito

Platón intentó resolver esta dificultad distinguiendo dos niveles de realidad. El **mundo sensible**, accesible a través de los sentidos, está sometido al cambio, al deterioro y a la multiplicidad. En él encontramos las realidades materiales, los objetos particulares y los entes que nacen y mueren, que se transforman y se deshacen, y cuyo modo de ser es inestable. Por eso, el conocimiento que obtenemos de este mundo es siempre relativo y cambiante. Constituye el plano de la realidad ligado con las apariencias.

En cambio, el **mundo inteligible** (o mundo de las Ideas) es accesible solo mediante el pensamiento y contiene las **Ideas** (o Formas), que son realidades universales, eternas e inmutables. Estas Ideas no cambian, no envejecen, no se deterioran y no dependen de nada para ser lo que son. La Idea de Belleza, por ejemplo, es siempre la misma, mientras que las cosas bellas del mundo sensible pueden dejar de serlo.

Para Platón, las cosas del mundo sensible **participan** o **imitan** estas Ideas: algo es bello en la medida en que refleja la Belleza; algo es justo en la medida en que encarna la Justicia. Así, lo que aparece ante nosotros (el mundo sensible) no expresa por completo lo que es (el mundo inteligible). La verdad no se encuentra en la mirada inmediata, sino en la razón, que es capaz de elevarse desde lo cambiante hasta aquello que permanece. Conocer no es simplemente mirar: es aprender a **ir más allá** de la apariencia y descubrir las realidades profundas que dan sentido a lo que vemos.

PLATÓN. Dualismo ontológico. La realidad es una, aunque en ella podemos distinguir dos ámbitos: mundo sensible y mundo inteligible.





Este problema sigue siendo actual. Hoy vivimos rodeados de imágenes cuidadosamente construidas: **publicidad, redes sociales, representaciones digitales e incluso inteligencias artificiales capaces de producir rostros y voces que nunca existieron.** Es posible ver sin comprender, observar sin saber, confundir lo mostrado con lo real. La metafísica nos invita a preguntarnos qué distingue lo que simplemente aparece ante nosotros de lo que es verdad en profundidad.

Cuestionar la apariencia no significa desconfiar de todo, sino aprender a mirar con atención, a analizar y a comprender. La tarea metafísica consiste precisamente en esa capacidad de ir más allá de la primera impresión y preguntarse qué sostiene lo que se muestra. De este modo, la metafísica se convierte en una herramienta para vivir de forma más consciente, más crítica y más libre.

2.2. Permanencia y cambio

Nuestra experiencia del mundo nos muestra que todo cambia: las estaciones, los cuerpos, las ciudades, nosotros mismos. Sin embargo, a pesar de estos cambios, seguimos reconociendo una continuidad. Una persona puede transformarse física y emocionalmente a lo largo de los años y, sin embargo, seguimos diciendo que es la misma persona. La metafísica se pregunta **qué es lo que permanece en medio de las transformaciones y cómo es posible el cambio sin que desaparezca por completo aquello que cambia.**

Heráclito entendió el mundo como un proceso continuo de devenir y transformación. Para él, nada permanece idéntico a sí mismo porque todo está sometido al cambio constante. Su famosa comparación del río expresa esta idea: *no podemos bañarnos dos veces en el mismo río*, porque tanto el agua como nosotros estamos cambiando en cada instante. Lo que percibimos con los sentidos nos muestra un universo dinámico, vivo, en movimiento. La realidad, tal como aparece ante nosotros, es un flujo en el que nada se mantiene fijo. Por eso, Heráclito afirmaba que el **cambio** no es un accidente ni algo secundario, sino el rasgo fundamental de lo real.

Parménides, por el contrario, negó que el cambio pudiera ser considerado real. Según él, lo verdaderamente existente —el ser— es uno, continuo, eterno e **inmutable**. Su argumentación es racional y parte de una premisa decisiva: “el ser es, y el no-ser no es”. Si algo cambiara, tendría que dejar de ser lo que es para convertirse en algo distinto; en algún momento tendría que pasar por el no-ser. Pero el no-ser, afirmaba Parménides, es impensable e imposible, porque no se puede pensar ni decir aquello que no existe. Por tanto, el cambio no puede pertenecer al nivel profundo de lo real. Para Parménides, lo que percibimos como cambio es solo apariencia, una ilusión producida por los sentidos, mientras que la razón revela la verdadera realidad: fija, inmutable y única.

Aristóteles, por su parte, ofreció una explicación más unitaria que intentaba conciliar la intuición de Heráclito (el mundo cambia) con la de Parménides (lo real permanece). Según Aristóteles, las cosas que existen están siempre compuestas de materia y forma¹. La **materia** es el sustrato que puede transformarse, aquello que puede adoptar distintas configuraciones. Por eso, la materia explica el **cambio**: permite que algo pase de una situación a otra, de una etapa a otra, sin desaparecer completamente. La **forma**, en cambio, es aquello que organiza y da identidad a la materia, aquello que hace que una cosa sea lo que es y no otra. La forma explica la **permanencia**, porque mientras se mantenga, la cosa conserva su identidad.

Gracias a esta distinción, Aristóteles puede afirmar que **el cambio es real, pero no destruye lo que algo es**. Por ejemplo, un árbol crece desde la semilla hasta su plena madurez, cambia de tamaño, de aspecto y de estructura; sin embargo, sigue siendo el mismo árbol. **La materia se transforma** —la semilla, el brote, el tronco, las ramas, pero la **forma** que define al ser vivo como “árbol” **permanece**.

¹ **Teoría hilemórfica:** Según Aristóteles, todo ser material está compuesto de **materia** (lo que puede cambiar) y **forma** (lo que le da su identidad). La materia es el soporte, y la forma es aquello que hace que la cosa sea lo que es.



El cambio no implica dejar de ser, sino **pasar de una potencia a un acto** dentro de una misma identidad. El **ser en potencia** es aquello que una cosa puede llegar a ser, mientras que el **ser en acto** es lo que efectivamente es en un momento dado. Por ejemplo, una semilla es un árbol en potencia, y cuando crece y desarrolla sus características, se convierte en árbol en acto. Así, Aristóteles supera el conflicto entre Heráclito y Parménides mostrando que en la realidad coexisten **lo que cambia** (gracias a la materia y la potencia) y **lo que permanece** (gracias a la forma y el acto), sin contradecirse.

Filósofo	Idea central sobre el ser (la realidad)	Relación con el principio de no contradicción	Formalización simple	Consecuencia metafísica
Parménides	El ser es único, eterno e inmutable.	Interpreta el principio de no contradicción de forma radical: es <i>imposible que algo sea y no sea</i> . Por tanto, el cambio es imposible.	$\neg(P \wedge \neg P) \rightarrow$ No puede existir el paso de ser a no-ser.	El cambio y la pluralidad son ilusiones de los sentidos. Solo la razón accede a lo real.
Heráclito	La realidad es cambio continuo; todo fluye.	No niega el principio, pero sostiene que la contradicción está en el corazón del devenir: las cosas "son" siendo distintas.	"Somos y no somos los mismos" (tensión dinámica, no contradicción lógica).	El mundo es un proceso de transformaciones. La estabilidad es aparente.
Aristóteles	La realidad combina cambio y permanencia mediante materia y forma.	Recupera el principio: nada puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto. Esto permite explicar el cambio sin contradicción.	Una cosa puede ser A en potencia y no ser A en acto . No hay contradicción.	El cambio es real: es el paso de potencia a acto sin destruir lo que algo es.

Hoy seguimos experimentando este problema filosófico en nuestra vida cotidiana. A lo largo de la vida cambiamos de ciudad, de trabajo, de amistades, de cuerpo y hasta de manera de pensar, y sin embargo seguimos diciendo "soy yo". Nos transformamos sin dejar de reconocernos, como si hubiera algo que permanece en medio de la variación continua. La metafísica nos ayuda a pensar esta paradoja: ¿qué es exactamente lo que permanece cuando todo cambia?² En un mundo acelerado, donde las identidades se reconstruyen en redes sociales y las formas de vivir se modifican constantemente, esta pregunta es más relevante que nunca. Pensar la relación entre permanencia y cambio nos permite comprender cómo se construye nuestra identidad personal, cómo evolucionan nuestras relaciones y cómo nos entendemos a nosotros mismos a través del tiempo. La metafísica no ofrece respuestas cerradas, pero sí herramientas para mirar con más profundidad y reconocer la continuidad que da sentido a nuestra propia historia en medio de todas nuestras transformaciones.

Parménides	Heráclito	Aristóteles
"Lo que es, es. Lo que no es, no es." → No puede haber cambio.	"Todo cambia." → El devenir es lo real.	"El cambio es posible sin contradicción." → De potencia a acto.
Cambio = imposible	Cambio = esencial	Cambio = explicable
Principio de no contradicción = absoluto	No niega el principio, pero destaca la tensión	Usa el principio para explicar el cambio

² La **paradoja del barco de Teseo** plantea el problema de cómo algo puede cambiar y, sin embargo, seguir siendo lo mismo. Imaginemos un barco al que, con el tiempo, se le van sustituyendo las tablas deterioradas por otras nuevas, hasta que finalmente no queda ninguna pieza original. La pregunta es: ¿seguimos teniendo el mismo barco o uno diferente?



2.3. Unidad y pluralidad

La experiencia cotidiana nos muestra un mundo lleno de diversidad: innumerables seres vivos, objetos, materiales y formas de existir. Sin embargo, a pesar de esta variedad, somos capaces de percibir semejanzas, patrones y estructuras comunes. Reconocemos a dos personas distintas como seres humanos, o a muchos árboles distintos como miembros de una misma clase. Esta capacidad para encontrar unidad en lo múltiple plantea uno de los problemas clásicos de la metafísica: **¿cómo puede la realidad ser, al mismo tiempo, una y diversa?**

Este interrogante aparece desde los orígenes de la filosofía con los pensadores **presocráticos**. Para ellos, la tarea filosófica consistía en investigar la **phýsis**, es decir, la naturaleza en su totalidad: aquello que nace, crece, cambia y se transforma siguiendo un orden. Frente a las explicaciones míticas, los presocráticos buscaron comprender racionalmente qué estructura o principio subyace a la inmensa pluralidad de fenómenos naturales. Por eso se preguntaron qué elemento o fundamento permanente —el **arjé**— explica la diversidad del mundo. Cada uno propuso una respuesta distinta: Tales identificó el arjé con el agua; Anaxímenes, con el aire; Heráclito, con el fuego; y Anaximandro situó este principio en algo más abstracto y originario, el ápeiron, lo indefinido. Aunque sus respuestas eran diferentes, compartían una misma intuición metafísica: **bajo la pluralidad que muestran los sentidos debe existir una unidad que permanece**, un principio común que estructura la phýsis y que hace posible comprenderla. La búsqueda del arjé fue, en este sentido, el primer intento filosófico de explicar la unidad que sostiene la diversidad del mundo natural.

Los presocráticos buscaban un arjé, un principio fundamental que explicara la phýsis, es decir, la naturaleza. Su objetivo era comprender cómo es posible que, a pesar de la enorme diversidad del mundo, exista algo común que lo unifique. Cada uno propuso un principio distinto, pero todos compartían la misma preocupación metafísica: hallar la unidad detrás de la multiplicidad.			
Filósofo	Arjé (principio de la realidad)	Justificación	Cómo expresa la unidad en la multiplicidad
Tales de Mileto	El agua	Todo lo vivo necesita humedad; el agua puede adoptar múltiples formas (vapor, líquido, hielo).	Bajo la diversidad de seres, hay un elemento común que está en todas las transformaciones.
Anaximandro	Ápeiron (lo indefinido, lo indeterminado)	El agua no puede ser el origen de todo, porque es limitada; debe existir un principio eterno e ilimitado: el ápeiron .	La multiplicidad surge por separaciones y oposiciones dentro de un fondo común no material.
Anaxímenes	El aire	El aire se expande y se comprime, generando todos los seres mediante rarefacción y condensación.	La pluralidad se explica como distintos grados de densidad del mismo elemento.
Pitágoras	El número / relaciones numéricas	El orden del cosmos se explica mediante proporciones matemáticas .	La diversidad del mundo se reduce a un orden estructural común.
Heráclito	El fuego (símbolo del cambio)	El mundo está en constante transformación; el fuego representa ese devenir.	La unidad se encuentra en la ley del cambio (el Logos) que gobierna todas las transformaciones.
Parménides	El Ser	Solo el Ser es; el cambio es imposible.	La unidad absoluta es tan fuerte que niega cualquier multiplicidad real.
Empédocles	Cuatro elementos (tierra, agua, aire, fuego) unidos por Amor y Odio	Ningún elemento puede explicar todo; de la variedad de elementos surge sus mezclas, todo lo que hay.	La unidad está en los cuatro elementos constantes; la pluralidad en sus combinaciones.
Anaxágoras	Homeomerías / semillas infinitas movidas por el Nous (Inteligencia ordenadora)	Las semillas están presentes en todo. Todo contiene una parte de todo; el Nous ordena las mezclas.	Unidad en la presencia de todas las “semillas” en cada cosa; pluralidad en las proporciones distintas.
Demócrito	Átomos y vacío	Los átomos son partículas eternas, indivisibles y en movimiento explican la realidad.	La unidad está en la naturaleza común de los átomos; la pluralidad en sus diferentes combinaciones.



Platón replanteó este problema distinguiendo entre **dos niveles de realidad**. El mundo sensible es múltiple y cambiante: muchas cosas bellas, muchas mesas, muchas acciones justas. Pero esta pluralidad solo puede ser conocida porque todas esas cosas participan de una misma Idea o Forma universal (la Belleza, la Justicia, la Mesa). **La unidad está en las Ideas; la pluralidad, en las cosas que las imitan.**

Aristóteles, por su parte, elaboró una **explicación unitaria** en la que no es necesario dividir la realidad en dos mundos: lo universal reside en lo particular como su estructura interna. Así, Aristóteles reconoce la pluralidad efectiva del mundo, pero también el orden y la unidad que la hacen inteligible.

Aristóteles sostiene que lo real está hecho de **sustancias concretas**, es decir, cosas individuales que **existen por sí mismas**, como un árbol, una persona, un caballo. Estas sustancias particulares tienen **unidad** porque cada una es un ser con identidad propia: ese árbol concreto, ese caballo que corre por el campo, tú misma como persona. No son copias de otra cosa ni meras apariencias, sino seres reales completos.

Pero al mismo tiempo, **cada una de estas sustancias particulares forma parte de una pluralidad**: hay muchos árboles, muchos caballos, muchas personas. Lo que permite agruparlas y reconocerlas como “del mismo tipo” es que todas comparten una **misma esencia o forma**: todos los árboles tienen una estructura común que los hace ser árboles, aunque cada uno sea distinto.

El problema metafísico de la unidad y la pluralidad sigue siendo actual. Vivimos en un mundo marcado por la diversidad cultural, biológica y tecnológica. Aun así, buscamos principios comunes: leyes científicas que expliquen fenómenos diferentes, valores universales que fundamenten la convivencia, estructuras compartidas que permitan comunicarnos. La metafísica nos ayuda a comprender cómo la realidad puede ser múltiple sin ser caótica, y cómo puede haber unidad sin eliminar la riqueza de la diversidad. Pensar esta doble dimensión nos permite interpretar mejor el mundo y situarnos en él de forma más consciente y reflexiva.

Autor / Corriente	Cómo entiende la unidad	Cómo explica la pluralidad	Idea clave
Presocráticos	Existe un <i>arjé</i> , un principio único que fundamenta toda la realidad.	La pluralidad surge como manifestación o transformación del <i>arjé</i> .	La <i>phýsis</i> tiene un orden y una estructura común bajo la diversidad.
Platón	Las Ideas son únicas, universales y perfectas.	Las cosas sensibles imitan o participan de las Ideas.	Unidad en lo inteligible, pluralidad en lo sensible.
Aristóteles	La sustancia particular tiene unidad interna (forma).	Muchos individuos comparten la misma esencia.	Lo universal está en lo particular.
Actualidad	Buscamos leyes, valores o estructuras comunes.	Diversidad cultural, biológica y tecnológica.	La unidad permite comprender la pluralidad sin reducirla.

3. Categorías y modos de ser

3.1. ¿Qué significa decir que algo es?

Cuando afirmamos que *algo es*, estamos diciendo que tiene algún tipo de realidad, que existe de algún modo. Sin embargo, esta afirmación, que parece tan sencilla, oculta una cuestión profunda: **las cosas no “son” todas de la misma manera**. Un ser humano “es”, un número “es”, una emoción “es”, una relación de amistad “es” ... pero cada uno lo hace de un modo distinto.



Desde Aristóteles, la metafísica se pregunta por estos diferentes modos de ser. No basta con constatar que una cosa existe: necesitamos comprender **cómo** existe, **en qué sentido** existe, **qué tipo de realidad posee** y **qué la hace ser lo que es**. De ahí nace la necesidad de clarificar los conceptos fundamentales que utilizamos para hablar del ser.

Para Aristóteles, esta pregunta no se resuelve con una definición única de “ser”, porque “ser” se dice de muchas maneras. Lo real se manifiesta en distintos planos y requiere categorías diferentes para describirlo. Analizar el ser implica, entonces, estudiar las diversas formas de realidad que encontramos a nuestro alrededor y ver qué las hace posibles.

3.2. Las categorías aristotélicas.

Para ordenar la complejidad de lo real, Aristóteles propuso un conjunto de categorías, es decir, **los modos fundamentales en los que las cosas pueden ser**. Las categorías no son “cosas”, sino **formas de predicar o decir algo de una cosa**. Son las estructuras básicas de la realidad que nuestro pensamiento utiliza para comprenderla.

La primera y más importante es la **sustancia**, aquello que existe por sí mismo: un caballo, una persona, un árbol. Las demás categorías expresan características que modifican o acompañan a las sustancias. Entre ellas están:

- **Cantidad:** cuánto tiene (dos metros, cinco kilos).
- **Cualidad:** cómo es (rojo, suave, inteligente).
- **Relación:** cómo se vincula con otros (ser padre, estar al lado de...).
- **Lugar:** dónde está (en el aula, en casa).
- **Tiempo:** cuándo ocurre (hoy, ayer, mañana).
- **Posición:** postura o disposición (sentado, tumbado).
- **Estado:** situación en la que se encuentra (armado, vestido).
- **Acción:** lo que hace (correr, enseñar).
- **Pasión:** lo que padece (ser golpeado, ser calentado).

Estas categorías nos permiten describir la realidad de forma completa. Cuando decimos que “la mesa es marrón, mide un metro, está en el aula y la construyó un carpintero”, estamos utilizando varias categorías para expresar distintos modos de ser de un mismo objeto.

Aristóteles entendió que sin estas categorías sería imposible pensar la realidad de forma ordenada. Constituyen, por así decirlo, **el mapa básico** de los modos en los que algo puede existir.

3.3. Ser sustancial, ser relacional, ser en potencia y ser en acto.

Además de las categorías, Aristóteles distinguió varios **modos de ser** que explican cómo existe algo en la realidad. Entre los más importantes están:

1. El ser sustancial

El ser sustancial es el modo de ser propio de aquello que **existe por sí mismo** y no necesita estar en otro para existir. Aristóteles llamó *sustancias* a estos seres que poseen entidad propia y pueden mantenerse a través del cambio.

Un perro, una piedra, un árbol o un ser humano son sustancias porque tienen una identidad que no depende de otra realidad para existir. No son cualidades, ni relaciones, ni estados: son **lo que sostiene** todas esas propiedades. Por ejemplo, un perro puede ser negro, marrón o blanco (cualidades), puede estar corriendo o



dormido (acciones), puede ser más grande o más pequeño con el tiempo (cantidad), y puede estar en el jardín o en casa (lugar). Pero el perro —la sustancia— es el soporte común de todos esos cambios.

La sustancia funciona, por tanto, como el **núcleo estable del ser**. Es lo que permanece aunque sus características accidentales cambien. Si un árbol pierde hojas en otoño, si un niño crece, o si una persona cambia de peinado, la sustancia sigue siendo la misma: el árbol sigue siendo árbol, el niño sigue siendo la misma persona, y el cambio de apariencia no altera su identidad profunda.

Este modo de ser es fundamental para comprender la realidad porque permite explicar cómo algo puede cambiar sin dejar de ser lo que es. Las sustancias son estables, aunque no estáticas: pueden transformarse, pero su identidad no se disuelve en el cambio. Por eso Aristóteles afirmaba que la sustancia es el **primer modo de ser**, el más básico, aquel del que dependen todas las demás categorías. Sin sustancias no habría cualidades, relaciones, lugares, tiempos ni acciones, porque todas estas propiedades necesitan un soporte donde residir.

Comprender el ser sustancial nos ayuda también a entender nuestra propia identidad. Las personas cambiamos con el paso del tiempo —físicamente, psicológicamente, incluso en nuestra forma de pensar—, pero seguimos reconociéndonos como el mismo “yo”. Esta continuidad se explica gracias a la idea de sustancia: hay un sustrato esencial que permanece aunque se produzcan múltiples variaciones.

2. El ser relacional

No todas las realidades existen de manera aislada o independiente. Hay propiedades, estados o modos de ser que **solo existen cuando están vinculados a otra cosa**. A este modo de ser Aristóteles lo llamó *ser relacional*, porque depende esencialmente de una relación.

Por ejemplo, nadie puede ser “padre” si no existe un hijo; para ser “alumno” debe existir un profesor, una materia o un centro educativo; para ser “vecino” es necesario que haya alguien que viva al lado. Estas realidades solo tienen sentido **en el marco de un vínculo**, y desaparecen si el vínculo se rompe o se transforma.

Este carácter relacional aparece también en comparaciones: ser “más alto”, “más rápido”, “más joven” o “mayor” no son cualidades absolutas, sino relativas a otros. Una persona puede ser alta en un grupo y baja en otro, lo que muestra que el modo de ser relacional depende del contexto y de la referencia.

Incluso algunas identidades sociales o roles se definen a partir de relaciones: ser ciudadano implica pertenecer a una comunidad política; ser miembro de un equipo implica formar parte de un conjunto; ser amigo requiere una reciprocidad que solo existe entre personas.

El ser relacional muestra que una parte importante de lo real **no se explica por sí sola**, sino que surge de las conexiones, dependencias y estructuras que unen unas cosas con otras. Este modo de ser subraya que la realidad no es un conjunto de entidades aisladas, sino un entramado de vínculos que dan forma a lo que somos. Muchas dimensiones de nuestra identidad —familiar, social, afectiva o profesional— no pueden comprenderse sin estas relaciones que las constituyen.

En definitiva, el ser relacional recuerda que la existencia no es solo individual, sino también compartida: somos en relación con otros, y estas relaciones forman parte esencial de nuestra manera de estar en el mundo.

3. El ser en potencia

El ser en potencia es el modo de ser de aquello que **todavía no es plenamente**, pero **puede llegar a serlo**. Aristóteles utiliza este concepto para explicar que la realidad no está hecha solo de lo que existe ahora mismo,



sino también de las posibilidades reales que cada cosa contiene en sí misma. La potencia no es imaginación ni fantasía, sino una **capacidad objetiva de transformación**.

Una semilla, por ejemplo, no es un árbol en acto, pero contiene en su interior la posibilidad real de convertirse en uno: tiene estructura, propiedades y condiciones que, desarrolladas, darán lugar al árbol. Del mismo modo, un alumno es un adulto en potencia, porque posee capacidades (físicas, emocionales, racionales) que, al crecer y madurar, se actualizarán. Un trozo de madera puede llegar a ser una mesa, una silla o una figura tallada, porque tiene la capacidad material para adoptar distintas formas.

Aristóteles introduce el ser en potencia para **explicar el cambio**. Las cosas pueden transformarse porque tienen en sí mismas la posibilidad de llegar a ser algo distinto sin dejar de ser lo que son. Esta potencia es como un “programa interno” o una orientación natural hacia ciertos desarrollos.

Por eso, la potencia es esencial para comprender la dinámica del mundo: sin potencia, nada podría cambiar; todo sería ya lo que es, de manera cerrada e inamovible. La potencia abre la puerta al crecimiento, a la evolución, al aprendizaje y a la transformación. Expresa que la realidad no es solo lo que vemos ahora, sino también todo aquello que puede llegar a desplegarse a partir de lo que existe.

4. El ser en acto

El ser en acto es el modo de ser de aquello que **ya es efectivamente**, es decir, de lo que ha alcanzado una forma o estado que antes solo estaba presente como posibilidad. Cuando algo desarrolla o actualiza una capacidad que poseía, decimos que la potencia ha pasado a acto.

Un árbol que crece a partir de una semilla es un árbol **en acto**: ya no es solo una posibilidad, sino una realidad visible y plenamente existente. Del mismo modo, un adulto es un niño **en acto** porque ha actualizado las capacidades que estaban en él desde el inicio. Una mesa terminada es la actualización de la posibilidad contenida en la madera: lo que antes era solo un “poder ser” se ha convertido en algo real y concreto.

Para Aristóteles, el acto es **más perfecto** que la potencia, no en un sentido moral, sino ontológico: en el acto se realiza plenamente aquello que era posible, se despliega la forma y la identidad de un ser. El acto representa la culminación de un proceso natural: aquello hacia lo que la potencia estaba orientada desde el principio.

La relación entre acto y potencia permite a Aristóteles explicar no solo el cambio, sino también el desarrollo y la finalidad de los seres: todo ser tiende a actualizar las capacidades que posee, a realizar lo que puede llegar a ser. Por eso, el acto es la clave para comprender la plena realización de una cosa, aquello que muestra su esencia en funcionamiento, su forma plenamente desplegada.

	Ser en potencia	Ser en acto
Definición	Modo de ser de aquello que todavía no es , pero puede llegar a ser .	Modo de ser de aquello que ya es efectivamente , lo que ha realizado su posibilidad.
Tipo de existencia	Existencia posible , capacidad interna de transformación.	Existencia real , actualización plena de una capacidad.
Ejemplos	- La semilla es un árbol en potencia. - Un alumno es un adulto en potencia. - La madera es una mesa en potencia.	- El árbol crecido es árbol en acto. - El adulto que antes fue niño. - La mesa ya construida.
Relación con el cambio	Explica por qué las cosas pueden cambiar: porque contienen posibilidades de desarrollo.	Explica el final del cambio : el resultado actualizado de esas posibilidades.
Estado ontológico	Incompleto, orientado hacia la realización.	Completo (aunque no definitivo), expresa la identidad actual del ser.
Papel en la metafísica	Señala la dimensión dinámica del ser.	Señala la realización y perfección del ser.
Valor según Aristóteles	Menos perfecto, porque todavía no se ha actualizado.	Más perfecto, porque expresa plenamente lo que algo puede ser.



4. Entidades físicas y objetos ideales

La realidad que experimentamos está formada por objetos concretos —árboles, personas, animales, montañas- pero también por entidades que no podemos ver ni tocar: números, conceptos, leyes científicas, ideas matemáticas o relaciones lógicas. Estas últimas no existen físicamente, pero parecen ser indispensables para pensar, conocer y organizar el mundo.

Este contraste plantea una pregunta clásica de la metafísica: ¿existen realmente los objetos ideales o son solo creaciones de nuestra mente?

Para responderla, necesitamos comprender qué son los universales y cómo diferentes corrientes filosóficas los interpretan.

4.1. ¿Qué es un universal?

Cuando pensamos o hablamos sobre el mundo, no lo hacemos únicamente a partir de individuos concretos, sino que utilizamos conceptos generales que abarcan muchos casos distintos. A estas características aplicables a múltiples individuos la filosofía las llama **universales**. Son propiedades, ideas o atributos que no se agotan en un solo ser, sino que pueden encontrarse en muchos: “*ser humano*” se aplica a todas las personas, “*rojo*” a una enorme variedad de objetos, “*triángulo*” a cualquier figura de tres lados y “*justicia*” a múltiples acciones que comparten un mismo valor moral.

Los universales son fundamentales porque nos permiten **ordenar y clasificar la realidad**, reconocer semejanzas, comunicar ideas y elaborar conocimientos científicos. Sin conceptos generales no podríamos comparar, establecer categorías, formular leyes ni comunicarnos eficazmente. La percepción se nos presentaría como una multiplicidad infinita de cosas completamente singulares, sin ninguna estructura común.

Sin embargo, que los utilicemos no significa que sea sencillo explicar su **modo de existencia**. Aquí surge el problema metafísico:

¿Dónde existen realmente los universales? ¿Son entidades que existen independientemente de nosotros, como pensaba Platón? ¿O son simplemente nombres o etiquetas que ponemos a las cosas, como sostenían los nominalistas medievales? Esta pregunta se convirtió en uno de los debates centrales de la filosofía desde la Antigüedad hasta la Edad Media. Abordaremos este debate en el siguiente apartado.

4.2. Realismo, nominalismo y conceptualismo.

El problema de los universales ha dado lugar a tres grandes respuestas filosóficas. Cada una ofrece una forma distinta de entender qué significa que conceptos como “humanidad”, “rojo” o “triángulo” puedan aplicarse a múltiples individuos. Según la postura que adoptemos, cambia no solo nuestra idea de conocimiento, sino también nuestra comprensión de la realidad misma.

a) Realismo

El **realismo** es la postura filosófica que sostiene que **los universales existen realmente y que su existencia es independiente tanto de nuestra mente como de los individuos particulares**.

Según esta visión, cuando hablamos de “belleza”, “triángulo” o “justicia”, no nos referimos solo a palabras o ideas subjetivas, sino a realidades objetivas que existen con estabilidad y que pueden ser conocidas por la razón. **El universal no depende de nosotros: está ahí, formando parte del orden profundo del mundo.**



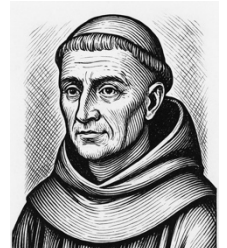
La formulación clásica de esta perspectiva se encuentra en **Platón**. Para él, **las Ideas** —como Belleza, Justicia, Igualdad o Triángulo— existen en un nivel de realidad superior, el mundo inteligible, que es eterno, perfecto e inmutable. Las cosas del mundo sensible que percibimos con los sentidos no son más que copias, participaciones o imitaciones imperfectas de esas Ideas. Así, un objeto es bello porque participa de la Belleza; una acción es justa porque encarna la forma de la Justicia; y un triángulo dibujado es un triángulo porque imita la Idea perfecta del Triángulo.

Bajo esta concepción, el conocimiento es posible porque la razón humana puede elevarse más allá del mundo cambiante y captar estas realidades universales. Conocer qué es la Belleza o qué es la Justicia no depende de acumular casos particulares, sino de acceder a la Idea que da sentido a todos ellos. Por ello, el realismo entiende que **los universales no son creaciones humanas, sino verdades que descubrimos mediante la reflexión racional**.

b) Nominalismo

El **nominalismo** adopta una postura contraria al realismo y **afirma que los universales no existen en absoluto fuera del lenguaje**. Según esta posición, en la realidad solo encontramos individuos concretos: esta persona, este caballo, este árbol. Palabras como “humanidad”, “rojo” o “triángulo” no designan entidades reales aparte de los individuos, sino que funcionan como etiquetas útiles que nos permiten agrupar cosas semejantes para comunicarnos y razonar de manera más eficiente. De ahí el nombre *nominalismo*, **derivado del término latino *nomina*, que significa “nombres”: los universales no son realidades, sino nombres que ponemos a grupos de objetos o experiencias**.

Guillermo de Ockham es el representante más conocido de esta postura. Defendía que **no debemos multiplicar los entes sin necesidad, un principio conocido como la “navaja de Ockham”**. Según este criterio, no es necesario postular la existencia de universales reales si basta con reconocer que solo existen individuos particulares. Cuando decimos que “todos los humanos son mortales”, no estamos aludiendo a una entidad llamada “humanidad”, sino empleando una palabra general para referirnos a múltiples individuos que comparten ciertas características observables.



Desde esta perspectiva, **los universales son construcciones lingüísticas, convenciones creadas por la mente humana para clasificar el mundo**. No corresponden a ninguna realidad independiente ni tienen existencia fuera de los términos que usamos. El nominalismo enfatiza así la dimensión práctica del lenguaje y entiende que la universalidad no está en las cosas mismas, sino en la manera en que nosotros hablamos de ellas.

c) Conceptualismo

El **conceptualismo** intenta **ofrecer una posición intermedia** entre el realismo y el nominalismo. Según esta postura, los universales no existen fuera de la mente, como defendía Platón, pero tampoco son simples palabras sin contenido, como afirmaban los nominalistas. Existen como conceptos mentales formados por la inteligencia humana a partir de la observación de semejanzas reales entre los individuos particulares.



Pedro Abelardo desarrolló esta postura de manera especialmente influyente. En su visión, al encontrarnos con individuos distintos que comparten rasgos comunes, nuestra mente abstraer esas similitudes y elabora un **concepto universal**. Por ejemplo, al observar muchos árboles diferentes, construimos la idea general de “árbol”; al escuchar diversas acciones que consideramos justas, formamos el concepto de “justicia”. Estos conceptos no son entidades externas, pero sí realidades mentales con un contenido propio, fruto de nuestra capacidad de abstracción.



El universal, según el conceptualismo, no es una cosa que exista independientemente en un mundo inteligible, ni una simple etiqueta sin fundamento. Tiene una existencia psicológica y cognitiva que nos permite pensar, clasificar y comprender el mundo. Se trata de una herramienta mental que, aunque depende de nuestra actividad racional, se basa en las propiedades reales que observamos en las cosas. Por eso, el conceptualismo ofrece un equilibrio: reconoce la importancia del pensamiento y la actividad del sujeto sin renunciar a la base objetiva a partir de la cual se forman los conceptos universales.

Postura	Definición general	Dónde existen los universales	Autor representativo	Ejemplo explicado	Idea clave
Realismo	Los universales existen realmente , de manera independiente de la mente y de los individuos particulares.	En una realidad superior , eterna e inmutable (mundo inteligible).	Platón	“Belleza” existe como Idea perfecta; las cosas bellas solo participan de ella.	<i>Los universales se descubren, no se inventan.</i>
Nominalismo	Los universales no existen fuera del lenguaje; son solo nombres (<i>nomina</i>) para agrupar individuos.	En las palabras o etiquetas que usamos para clasificar.	Guillermo de Ockham	“Rojo” no es una entidad real: solo es un nombre para objetos que nos parecen similares.	<i>Solo existen individuos; la universalidad es lingüística.</i>
Conceptualismo	Los universales existen, pero no como cosas externas ni como nombres vacíos, sino como conceptos mentales .	En la mente, como ideas o conceptos basados en semejanzas reales entre individuos.	Pedro Abelardo	Al observar muchos árboles, la mente crea el concepto “árbol”.	<i>Los universales son construcciones intelectuales basadas en la experiencia.</i>

Un problema metafísico profundo

Las tres posturas —realismo, nominalismo y conceptualismo— muestran que la cuestión de los universales no es un simple debate teórico, sino un problema que afecta al modo en que entendemos la realidad misma. Preguntas como “¿qué significa decir que algo es humano?”, “¿qué comparten todas las acciones justas?”, “¿existen realmente propiedades comunes o solo individuos aislados?” apuntan a un trasfondo metafísico que atraviesa toda la historia de la filosofía.

En el fondo, lo que está en juego es si nuestro conocimiento capta algo real que está ahí fuera o si, por el contrario, es la mente la que crea las categorías con las que ordenamos el mundo. Si existen estructuras universales en la realidad —como afirmaría el realismo—, entonces la ciencia puede descubrir leyes generales porque el mundo posee un orden estable. Si, en cambio, solo existen individuos y los universales son nombres —como sostiene el nominalismo—, nuestro conocimiento nunca va más allá de la clasificación práctica. Y si los universales son conceptos mentales basados en semejanzas reales —como propone el conceptualismo—, entonces pensar es siempre una actividad que construye, pero a partir de la experiencia.

Por eso, el problema de los universales no es una discusión lejana ni meramente medieval. Afecta a la epistemología, a la ciencia, al lenguaje e incluso a nuestra comprensión de la identidad personal y de las leyes morales. En definitiva, seguimos enfrentándonos a la misma pregunta que se hicieron los filósofos desde la Antigüedad: **cuando pensamos en lo general, ¿estamos descubriendo algo del mundo o estamos inventando una forma de interpretarlo?**

Esta cuestión, lejos de estar resuelta, continúa siendo uno de los núcleos centrales de la metafísica contemporánea.



4.3. Ejemplos actuales: números, leyes científicas, algoritmos

El debate sobre los universales no es solo un problema clásico de la Edad Media o de la filosofía antigua. Al contrario, sigue presente hoy en disciplinas tan diversas como las matemáticas, la ciencia o la tecnología. Muchas de las entidades con las que trabajamos en estos campos —números, leyes, funciones, algoritmos— parecen ser generales, abstractas y aplicables a múltiples casos particulares. La pregunta metafísica de fondo sigue siendo la misma: **¿qué tipo de realidad tienen estas entidades?**

- Un primer ejemplo es el de **los números**. El número 3, por ejemplo, no es una cosa física que podamos tocar. No es esta manzana ni aquel triángulo, pero se aplica a infinidad de objetos distintos. Esto lleva a preguntarnos si los números son **descubiertos** o **inventados**. El realismo sostiene que los números existen de forma independiente de nosotros, como entidades abstractas que el matemático descubre, una postura que se acerca a la perspectiva platónica. En cambio, los nominalistas creen que los números son simples símbolos útiles creados por los seres humanos para organizar la realidad. Por su parte, los conceptualistas consideran que los números existen, sí, pero como conceptos mentales que elaboramos al percibir patrones y semejanzas. La matemática moderna, rica en estructuras altamente abstractas, mantiene muy viva esta discusión.
- Algo parecido ocurre con las **leyes científicas**. Cuando afirmamos que “la energía se conserva” o que “la fuerza es igual a la masa por la aceleración”, estamos hablando de algo universal: reglas que se aplican siempre, en cualquier lugar y circunstancia. Pero ¿qué son exactamente estas leyes? El realismo científico sostiene que las leyes reflejan **estructuras objetivas del universo**, que existen independientemente de nosotros. En cambio, posiciones más cercanas al nominalismo o al instrumentalismo defienden que las leyes son **modelos contruidos por los científicos**, útiles para describir regularidades, pero no entidades reales. La impresionante eficacia de las leyes científicas en campos tan distintos como la física, la biología o la química hace que este debate siga siendo uno de los más profundos en la filosofía de la ciencia.
- Un tercer ejemplo muy actual es el de **los algoritmos**, fundamentales en informática e inteligencia artificial. Un algoritmo no es un objeto físico concreto: el mismo algoritmo puede implementarse en distintos lenguajes de programación, ejecutarse en ordenadores diferentes y aplicarse a millones de situaciones particulares. Esto nos obliga a preguntarnos qué tipo de entidad es realmente. ¿Es un objeto abstracto que existe independientemente del código concreto que lo implementa? Esa sería una postura realista. ¿O es simplemente el nombre que damos a una serie de instrucciones convencionales, creadas para resolver un problema? Esta sería una interpretación nominalista. Según el conceptualismo, los algoritmos existirían como **estructuras mentales**, modelos que nuestra inteligencia construye al reconocer patrones lógicos en la resolución de problemas.

En todos estos casos —números, leyes y algoritmos— aparece la misma cuestión metafísica: **¿qué estatuto tienen las entidades generales que utilizamos para conocer y explicar la realidad?** Aunque vivamos en un mundo tecnológicamente avanzado, seguimos enfrentándonos a los mismos interrogantes fundamentales que ya preocupaban a Platón, a los filósofos medievales y a los pensadores modernos. Los universales, lejos de ser un debate antiguo, siguen siendo esenciales para comprender cómo pensamos, cómo hacemos ciencia y cómo construimos nuestro mundo.



5. Necesidad, contingencia y libertad

La metafísica ha respondido a estas preguntas explorando tres modos fundamentales del ser: **la necesidad, la contingencia y la libertad**. Comprender su sentido es crucial para interpretar tanto la naturaleza del mundo como la acción humana.

5.1. Necesidad

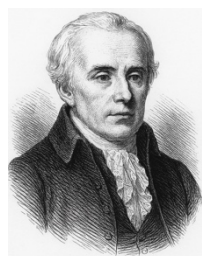
El concepto metafísico de **necesidad** designa aquello que **no puede ser distinto de lo que es**. Un acontecimiento necesario es aquel cuya existencia está completamente fijada por causas previas que lo hacen inevitable. En este sentido, la necesidad constituye el grado máximo de determinación del ser.

Esta idea aparece ya en la filosofía presocrática. Entre los primeros defensores de una visión estrictamente causal del mundo se encuentran los **atomistas**, como **Leucipo** y **Demócrito**. Para ellos, la realidad está compuesta por átomos indivisibles que se mueven en el vacío según leyes necesarias. Nada ocurre sin causa; incluso lo que llamamos “azar” es, en realidad, un fenómeno cuya causa desconocemos. Demócrito lo expresa con claridad: **“Nada sucede en vano, sino todo por una razón y por necesidad.”** En la naturaleza (physis) rige una necesidad estricta.

El universo antiguo se concebía como un **orden natural necesario** (táxis) en el que cada acontecimiento deriva del anterior en una **cadena causal inquebrantable**. En esta visión, la **necesidad** es la estructura profunda del cosmos, y la libertad humana, si existe, debe entenderse dentro de esa red natural de causas.

Con la llegada de la ciencia moderna, la noción de necesidad experimentó una transformación decisiva. Autores como **Descartes**, **Galileo** y **Newton** concibieron la naturaleza como un sistema de leyes matemáticas universales que permiten describir y predecir los fenómenos con precisión. La realidad comenzó a interpretarse como un **mecanismo**³, un conjunto de partes que interactúan de manera completamente regular y cuantificable.

En este contexto surge un instrumento matemático que refuerza la visión determinista: el **cálculo infinitesimal**, desarrollado por Newton y Leibniz. Las **derivadas** permiten describir cómo cambia una magnitud en cada instante, mientras que las **integrales** permiten reconstruir el comportamiento global de un sistema a partir de esos cambios. Gracias a estas herramientas, la física pudo formular leyes que describían el movimiento de los cuerpos en términos exactos. El universo se entendió como una **máquina matemática: predecible, regular y completamente sometida a leyes necesarias**.



El punto culminante de esta visión mecanicista lo encontramos en Pierre-Simon de **Laplace**, quien planteó la famosa **hipótesis de la inteligencia laplaciana**. Si existiera una mente capaz de conocer todas las fuerzas y todas las posiciones de las partículas del universo en un instante dado, podría predecir con total exactitud tanto el pasado como el futuro. No habría contingencia, ni indeterminación, ni espacio para el azar. En este horizonte, la **necesidad** ya no es solo un rasgo de algunos fenómenos, sino la estructura completa del cosmos: un universo cerrado, rígido y autosuficiente.

Metafísicamente, **el determinismo moderno plantea una cuestión inquietante: si todo está sometido a necesidad, ¿qué queda de la libertad humana?**

³ **Mecanicismo**: es la concepción filosófica y científica según la cual la naturaleza funciona como una máquina, es decir, como un conjunto de partes que interactúan según leyes causales estrictas y cuantificables. Según esta visión, todos los fenómenos —desde el movimiento de los planetas hasta los procesos biológicos y psicológicos— pueden explicarse completamente mediante causas materiales y eficaces, sin necesidad de recurrir a fines, propósitos o fuerzas misteriosas. En el mecanicismo, el universo es un sistema cerrado, regido por leyes matemáticas universales, donde cada estado del mundo está determinado por el anterior.



Si nuestras decisiones son efectos inevitables de causas anteriores —biológicas, psicológicas, culturales o sociales—, entonces la libertad sería una ilusión y, con ella, la responsabilidad moral. En un mundo completamente necesario, el ser humano actuaría igual que cualquier cuerpo físico: siguiendo leyes que no puede modificar.

Por eso, el problema de la necesidad no es solamente científico: es uno de los dilemas metafísicos más profundos, pues obliga a replantear qué significa actuar libremente, en qué consiste la causalidad y cuál es el lugar del ser humano en un universo regido por leyes.

5.2. Contingencia

Tras analizar la necesidad como aquello que no puede ser de otra manera y que caracteriza a los procesos estrictamente determinados, el concepto de **contingencia** introduce un modo de ser diferente. Lo contingente es aquello que **puede existir o no existir**, que podría haber sido de otro modo o incluso no haber sucedido. Mientras que la necesidad fija una única trayectoria posible para los acontecimientos, la contingencia abre un espacio real de alternativas, de posibles futuros que no están completamente decididos.

Esta intuición aparece ya en **Aristóteles**, quien distingue entre **potencia** y **acto**. Para él, muchas realidades no son necesarias, sino **posibles**: pueden llegar a ser, pero no están obligadas a actualizarse. Una semilla puede convertirse en un árbol, pero también puede no hacerlo; un niño puede llegar a ser un músico, pero no está determinado de antemano. La contingencia expresa precisamente esta dimensión del ser: la existencia de potencias que pueden o no actualizarse según múltiples condiciones. Así, la metafísica aristotélica reconoce desde muy temprano que la realidad no es un bloque de necesidad absoluta, sino un ámbito donde lo posible tiene peso ontológico.

Tomás de Aquino retomó esta idea subrayando que casi todo lo que existe es contingente porque **podría no haber existido**. Nada creado posee necesidad absoluta; todo depende de otros factores y causas. La contingencia se convierte así en un rasgo estructural del cosmos: un mundo donde la existencia y el devenir no están garantizados, sino que ocurren dentro de un tejido de posibilidades abiertas.

A partir de la modernidad, esta noción de contingencia adopta una nueva dimensión gracias al desarrollo de la **matemática de la probabilidad**. Autores como Pascal, Fermat y más tarde Bernoulli inauguraron un modo sistemático de pensar lo posible, lo incierto y lo variable. La probabilidad permitió cuantificar la contingencia: medir escenarios alternativos, evaluar riesgos, calcular posibilidades. Lo que antes era simplemente “lo que puede pasar”, se convirtió en un campo matemático estructurado que influye hasta hoy en la ciencia, la economía, la estadística y la física.

En cierto modo, la aparición de la probabilidad marca el momento histórico en que la filosofía, la ciencia y las matemáticas empiezan a tomar en serio la idea de que lo real no es solo lo necesario, sino también lo posible. La **ciencia contemporánea** ha ampliado aún más este horizonte. La **física cuántica** describe fenómenos que no siguen un determinismo estricto, sino patrones probabilísticos. La **biología evolutiva** reconoce la relevancia de mutaciones aleatorias y bifurcaciones históricas. La cosmología contempla universos con condiciones iniciales que podrían haber variado mínimamente, produciendo realidades radicalmente distintas. Incluso la **teoría del caos** muestra que sistemas regidos por leyes deterministas pueden generar comportamientos impredecibles debido a su sensibilidad extrema a las condiciones iniciales. Así, la contingencia ya no aparece como una excepción a la regla, sino como una dimensión fundamental de la naturaleza.

Metafísicamente, esto implica que la realidad combina necesidad y posibilidad: existen fenómenos regidos por leyes estrictas, pero también procesos abiertos donde varias alternativas pueden realizarse. La contingencia muestra un mundo no fijado por completo, sino estructurado como un entramado de **ramificaciones**, oportunidades, límites y probabilidades. Y es precisamente esta estructura abierta la que nos permite abordar el siguiente gran problema metafísico: **la libertad**.



Si la realidad fuese pura necesidad, la libertad sería imposible; estaríamos encadenados a una sola trayectoria. Pero si la realidad contiene posibilidades auténticas —si no todo está decidido— entonces la acción humana puede entenderse como la capacidad de **elegir qué posibilidad actualizar**. La contingencia, así entendida, no es un mero margen de incertidumbre: es el espacio ontológico donde la libertad puede existir.

5.3. Libertad

Tras analizar la necesidad como aquello que no puede ser de otro modo y la contingencia como el ámbito de lo posible, podemos situar la **libertad** dentro de este marco metafísico: **¿puede el ser humano iniciar una cadena de acontecimientos que no esté completamente determinada por causas previas?**

La libertad se sitúa en el punto donde convergen —y chocan— necesidad y contingencia. Si todo estuviera sometido exclusivamente al orden necesario, como proponían los deterministas, las acciones humanas serían efectos inevitables de causas anteriores. Pero si la realidad incluye un espacio real de posibilidades, como indica la contingencia, entonces cabe pensar que el ser humano puede elegir entre varias alternativas posibles y actualizar una de ellas. La libertad, en este sentido, no es un añadido externo: es la realización activa de una de las potencias abiertas en la realidad.

Esta idea tiene raíces profundas en la tradición filosófica. **Aristóteles** ya distinguía entre acciones necesarias y **acciones voluntarias**, aquellas cuyo principio está “en el agente mismo”. Para que exista libertad, debe haber una causa interna que no esté completamente constreñida por fuerzas externas. En la metafísica medieval, Tomás de Aquino desarrolló este punto al afirmar que la **voluntad humana** opera en el ámbito de lo contingente: si las decisiones fuesen necesarias, no habría **responsabilidad moral**. La libertad exige, por tanto, que el ser humano pueda actuar de otro modo.

En la **modernidad**, el problema de la libertad se vuelve más agudo debido al **mecanicismo**, la concepción según la cual el universo funciona como una máquina perfectamente engranada y regida por leyes estrictas. Si todo acontecimiento tiene una causa previa que lo determina por completo, surge una pregunta inevitable: **¿queda algún espacio para la libertad humana?** La tensión entre la necesidad natural y la autonomía del sujeto se convierte en uno de los grandes desafíos de la metafísica moderna.

Ante esta situación, algunos filósofos adoptaron posturas radicales. **Spinoza** sostuvo que la libertad es una ilusión producida por la ignorancia. Según él, cada pensamiento, emoción o decisión humana es el resultado necesario de una cadena causal infinita que se remonta a la única sustancia: Dios o la Naturaleza. Pensarnos libres —dice— es simplemente no conocer las causas que nos determinan. En esta visión profundamente determinista, **todo ocurre por necesidad**, y nada podría ser de otro modo. La libertad no consiste en elegir entre alternativas, sino en comprender racionalmente la necesidad que gobierna el mundo.



Otros pensadores intentaron defender la libertad sin negar las leyes estrictas de la naturaleza. **Kant** ofreció una de las soluciones más influyentes y originales. Su propuesta consiste en distinguir entre dos planos distintos de realidad. Por un lado, está el **mundo fenoménico**, es decir, el mundo tal como aparece ante nosotros y que estudiamos mediante la ciencia. En este nivel, todo está sometido a leyes causales: los fenómenos físicos, biológicos o psicológicos siguen cadenas de causas y efectos que pueden describirse científicamente. En este ámbito, la libertad entendida como capacidad de iniciar algo sin una causa previa no tiene lugar.

Sin embargo, Kant sostiene que existe otro plano: el **mundo nouménico**, el ámbito de lo que las cosas son en sí mismas y, especialmente, el ámbito donde actúa la **razón práctica**. En este nivel, la voluntad racional no está determinada por impulsos, deseos o condiciones naturales, sino que puede darse a sí misma leyes morales. La libertad, entonces, no es una propiedad observable en el mundo empírico, sino una **condición metafísica** que hace posible la moralidad.



Según Kant, para poder considerarnos responsables de nuestras acciones, debemos suponer que somos capaces de actuar **autónomamente**, es decir, según principios que la razón reconoce como válidos, y no simplemente arrastrados por causas naturales. La libertad no se demuestra empíricamente, sino que se **postula** como fundamento necesario de la acción moral: solo podemos ser sujetos éticos si somos, al menos en parte, independientes del determinismo natural.

En la filosofía contemporánea, la reflexión sobre la libertad se ha ampliado gracias a avances científicos y nuevas perspectivas. La **neurociencia** investiga hasta qué punto nuestras decisiones están influidas por procesos cerebrales previos, mientras que la **física cuántica** introduce márgenes de indeterminación en la naturaleza. **Sin embargo, la indeterminación por sí sola no garantiza libertad: que algo sea impredecible no significa que sea libre. Por eso, el debate actual se centra en un punto clave: la libertad no se opone solo a la necesidad, sino también al azar. Una acción libre no es ni una necesidad mecánica ni un suceso aleatorio, sino un acto que tiene su origen en el sujeto mismo.**

Desde una perspectiva metafísica, la libertad aparece como la capacidad humana de **abrirse al ámbito de lo posible y elegir quién ser** dentro de ese horizonte. La libertad implica autoconciencia, reflexión y responsabilidad: no solo “podemos actuar”, sino que **somos responsables de actualizar unas posibilidades y no otras**. En un mundo donde coexisten necesidad y contingencia, la libertad es la forma específicamente humana de habitar la realidad, de orientarse entre lo que está determinado, lo que es posible y lo que depende de nuestras decisiones.

Hoy, en un contexto marcado por **algoritmos** que predicen nuestras conductas, sistemas sociales que condicionan nuestras oportunidades y discursos que cuestionan la autonomía del sujeto, la pregunta por la libertad adquiere una relevancia renovada. ¿Hasta qué punto elegimos? ¿Cuánto de nuestra vida está ya programado por causas previas —biológicas, sociales o tecnológicas— y cuánto depende realmente de nosotros?

Concepto metafísico	Definición general	Idea central sobre el ser	Ejemplos	Autores representativos	Relación con los otros conceptos
NECESIDAD	Lo que no puede ser de otra manera. Todo está determinado por causas previas que hacen inevitable cada acontecimiento.	El ser es <i>completamente determinando</i> : todo ocurre según leyes fijas y encadenadas. No hay lugar para lo indeterminado.	El movimiento de los átomos (atomistas), las leyes de Newton, el “demonio de Laplace”.	Leucipo y Demócrito (determinismo atomista); Descartes y Newton (mecanicismo moderno); Laplace (determinismo absoluto).	Se opone a la contingencia (lo posible) y parece incompatible con la libertad (autodeterminación).
CONTINGENCIA	Lo que puede ser de otra manera: podría suceder o no suceder. Su existencia no está fijada de forma necesaria.	El ser incluye <i>posibilidades reales</i> : lo que existe no agota todo lo que podría existir.	Un dado lanzado al aire; una mutación genética; trayectorias no deterministas; probabilidades en matemáticas.	Aristóteles (el ser posible); los estoicos tardíos; Pascal y la teoría de la probabilidad; la física contemporánea (indeterminación cuántica).	Es el espacio intermedio entre necesidad y libertad. El azar no garantiza libertad, pero abre un margen no fijado por causas necesarias.
LIBERTAD	Capacidad del sujeto para ser origen de sus actos, actuando según razones propias y no solo por necesidad o azar.	El ser humano puede <i>iniciar causalidad nueva</i> : actuar según principios que él mismo decide.	Elegir entre varias opciones posibles; actuar según deber (Kant); construir un proyecto vital (existencialismo).	Kant (autonomía y causalidad por libertad); Sartre (existencia como proyecto); filósofos analíticos del libre albedrío.	Se opone a la necesidad si esta elimina toda autodeterminación; también se distingue del azar, pues la libertad no es aleatoriedad sino autoría (voluntad).



6. El problema de la existencia de Dios

La cuestión de si Dios existe —y qué significa “Dios”— es uno de los problemas más antiguos y profundos de la metafísica. A lo largo de la historia, los filósofos han tratado de comprender si la realidad necesita un fundamento último, si el universo puede explicarse por sí mismo o si es necesario postular una causa primera, un ser necesario o una inteligencia ordenadora. Este debate no es solo religioso: afecta a la estructura misma de la realidad, a la posibilidad del conocimiento y al sentido de la existencia humana.

6.1. Dios como fundamento último de la realidad.

Uno de los problemas centrales de la metafísica es determinar si la realidad puede explicarse por sí misma o si necesita un fundamento último que dé razón de su existencia. El mundo que experimentamos está hecho de cosas que nacen y mueren, que dependen de otras para existir y que podrían haber sido diferentes de como son. Esta contingencia generalizada plantea una cuestión radical: **¿de dónde procede el ser de todo lo que existe?**

Incluso cuando las ciencias describen cómo funcionan los fenómenos mediante leyes, queda abierta una pregunta más profunda: **¿por qué existe este conjunto de leyes y esta realidad, y no otra o ninguna?** En otras palabras, ¿hay algo que explique la existencia misma del mundo, o el universo es un hecho último que no remite a nada más?

A lo largo de la historia, esta búsqueda de un fundamento ha llevado a pensar en la posibilidad de una realidad absoluta, independiente y autosuficiente, cuya función sería sostener y explicar todo lo demás. Llamemos a este problema metafísico la cuestión del **fundamento último del ser**: **¿necesita la realidad un principio que no dependa de nada, o puede ser entendida como autosuficiente?**

Esta pregunta abre el camino a la reflexión sobre Dios en filosofía: no como un ser dentro del mundo, sino como la posible condición de posibilidad de que el mundo exista. En este sentido, el interrogante metafísico que articula todo este apartado es: **¿existe un fundamento último de la realidad y, si existe, qué características debe tener para cumplir esa función?**

6.2. Teísmo, ateísmo y agnosticismo.

A lo largo de la historia de la filosofía, la pregunta por la existencia de Dios ha dado lugar a tres grandes posiciones. Cada una expresa una manera distinta de comprender el origen último del mundo, el sentido de la realidad y los límites del conocimiento humano.

1) Teísmo

El **teísmo** sostiene la **existencia de un Dios personal, creador del universo, omnipotente, omnisciente y moralmente perfecto**. En esta postura, **Dios** no es un elemento más dentro del mundo, sino el **fundamento último del ser**: **la realidad primera de la cual dependen todos los demás seres para existir**.

El **teísmo** afirma que el universo no se basta a sí mismo y requiere un origen que explique tanto su existencia como su orden racional. Para el pensamiento teísta clásico —presente en el judaísmo, el cristianismo y el islam— **Dios es creador, sustentador y guía del mundo, y mantiene una relación activa con él**. Dios no solo crea el universo, sino que lo sostiene, lo conoce y puede relacionarse con los seres humanos. Es una realidad trascendente, pero también fuente última de racionalidad, orden y valor moral.



Para comprender esta idea de forma accesible, basta con tener en cuenta una intuición sencilla: todo lo que conocemos depende de algo para existir. Los seres vivos dependen de su entorno, los objetos dependen de los materiales de los que están hechos, y cada acontecimiento parece estar relacionado con causas anteriores. Si todo lo que existe necesita apoyo, surge entonces la pregunta: ¿existe algo que no dependa de nada más y pueda servir como fundamento último de la realidad?

El teísmo responde afirmativamente: ese fundamento es Dios. Una realidad que no recibe su ser de otra y que puede dar origen y sentido al conjunto del mundo. Bajo esta perspectiva, Dios es el punto de partida, aquello que explica por qué existe algo en lugar de nada.

Conviene diferenciar el teísmo del **deísmo**, una postura surgida en la Ilustración. El deísmo también **afirma la existencia de un Dios creador, pero niega que intervenga en el mundo después de haberlo creado**. Según esta visión, Dios actúa como un “relojero” que pone el mecanismo en marcha y luego se retira, dejando que el universo funcione solo mediante sus leyes naturales. En cambio, el **teísmo** sostiene que **Dios continúa actuando: conoce, sostiene y puede intervenir en la realidad**. Esta distinción es importante porque muestra dos formas distintas de entender la relación entre Dios y el mundo dentro de las posturas que afirman su existencia.

Aunque a menudo se presenta la **relación entre ciencia y creencia en Dios** como conflictiva, numerosos científicos y pensadores contemporáneos han defendido que la idea de un Dios creador no contradice la investigación científica. Para algunos de ellos, incluso puede considerarse una hipótesis razonable para explicar ciertos rasgos del cosmos: su orden, su inteligibilidad o la sorprendente adecuación de las leyes matemáticas a los fenómenos naturales.

Un ejemplo significativo es **Albert Einstein**. Aunque no creía en un Dios personal propio de las religiones monoteístas, hablaba del “Dios de Spinoza”, entendido como la racionalidad profunda que estructura la naturaleza. Para Einstein, lo verdaderamente asombroso es que las leyes del universo sean comprensibles mediante las matemáticas, algo que veía como una especie de misterio que apuntaba a un orden racional subyacente. Esta postura no es teísta en sentido estricto, pero sí muestra una afinidad con la idea de una mente o principio racional detrás del cosmos.

Otro caso relevante es el de **Georges Lemaître**, sacerdote católico y físico belga que formuló la **teoría del Big Bang**. Lemaître sostenía que explicar científicamente el origen del universo no implicaba negar a Dios; simplemente mostraba cómo la realidad podía describirse mediante leyes físicas. Para él, ciencia y fe no solo no eran incompatibles, sino que abordaban preguntas diferentes: la ciencia explica cómo evoluciona el universo, mientras que la cuestión de por qué existe o qué lo fundamenta pertenece a un nivel metafísico distinto.

También destaca **Francis Collins**, genetista y director del Proyecto Genoma Humano. Collins ha defendido públicamente que la complejidad del ADN, la racionalidad del cosmos y la existencia de leyes universales pueden interpretarse como compatibles con la idea de un creador. Su postura no pretende demostrar a Dios científicamente, sino mostrar que la ciencia no obliga a descartarlo y que la existencia de Dios puede ser una explicación coherente con la estructura ordenada del universo.

Finalmente, el caso de **Antony Flew** resulta especialmente llamativo. Tras décadas defendiendo el ateísmo, este filósofo llegó a la conclusión de que el orden del universo, su ajustada estructura y la inteligibilidad de las leyes naturales apuntaban hacia la existencia de una inteligencia creadora. Sin adoptar un teísmo tradicional, se inclinó hacia una postura **deísta**, según la cual un ser inteligente habría dado origen al cosmos sin intervenir constantemente en él.

En conjunto, estas posturas no pretenden convertir a Dios en una teoría científica, ni demostrar su existencia mediante experimentos. Su importancia radica en mostrar que la idea teísta puede convivir con la ciencia actual sin contradicción. Desde esta perspectiva, el universo no es solo un conjunto de procesos físicos, sino una realidad ordenada cuya existencia podría remitir a un fundamento último. Por eso, **el teísmo ofrece una**



interpretación metafísica en la que Dios actúa como causa primera, garante del orden y horizonte racional desde el cual el mundo adquiere sentido.

2) Ateísmo

El ateísmo niega la existencia de Dios y sostiene que el universo puede comprenderse plenamente sin recurrir a causas sobrenaturales. Desde esta postura, la realidad es autosuficiente: las leyes naturales, la física, la evolución biológica o la cosmología proporcionan explicaciones suficientes para entender por qué las cosas son como son. No es necesario postular una voluntad divina detrás de los fenómenos, del origen del cosmos o del orden natural.

En la modernidad, esta visión adquirió profundidad filosófica. Ludwig **Feuerbach** interpretó la idea de Dios no como descubrimiento de una realidad externa, sino como un reflejo de la propia naturaleza humana. Según él, **los seres humanos proyectan en la figura divina sus deseos, ideales y aspiraciones; por tanto, “Dios” no sería más que la humanidad idealizada**. El ateísmo de Feuerbach es, en este sentido, una crítica antropológica: comprender a Dios significa comprendernos a nosotros mismos.

Más radical todavía fue la postura de Friedrich **Nietzsche**, quien proclamó la célebre **“muerte de Dios”**. Esta expresión no significa simplemente que Dios no exista, sino que **ha dejado de ser una referencia válida para organizar la cultura, la moral y el sentido de la vida**. Con la desaparición de este fundamento absoluto, el ser humano se enfrenta al reto de crear sus propios valores sin ampararse en una autoridad trascendente. Sin Dios, la responsabilidad de dar sentido al mundo recae íntegramente en nosotros.

El **existencialismo** de Jean-Paul **Sartre** lleva este planteamiento a su máxima consecuencia. Para él, si Dios no existe, entonces no hay una esencia fija que determine qué es el ser humano o cómo debe vivir. Somos radicalmente libres, “condenados a ser libres”, y tenemos la tarea de construir nuestra propia identidad y nuestros valores. El ateísmo se convierte así en la **condición de posibilidad de una libertad absoluta**, que se expresa a través de nuestras decisiones concretas.

En la actualidad, muchas formas de ateísmo adoptan un **enfoque científico y epistemológico**. Se parte de un principio sencillo: cuando una hipótesis no es necesaria para explicar un fenómeno, debe considerarse prescindible. Dado que la física, la biología o la neurociencia ofrecen explicaciones completas sin recurrir a una entidad divina, la hipótesis “Dios” se juzga innecesaria. Desde esta perspectiva, no solo se afirma que Dios no existe, sino que **la explicación del mundo no requiere en ningún momento apelar a una realidad sobrenatural**.

El ateísmo contemporáneo, por tanto, combina argumentos filosóficos, científicos y metodológicos para sostener que el universo puede entenderse por sí mismo, sin un fundamento trascendente.

3) Agnosticismo

El **agnosticismo** sostiene que **no podemos saber si Dios existe o no, porque la cuestión sobrepasa los límites del conocimiento humano**. El problema no consiste en afirmar o negar su existencia, sino en reconocer nuestra incapacidad para demostrarla.

El **agnosticismo surge de una reflexión sobre los límites del conocimiento humano**. No se trata simplemente de “dudar” de la existencia de Dios, sino de afirmar que, dadas nuestras capacidades cognitivas y el tipo de realidad que investigamos, no es posible alcanzar una respuesta definitiva.

En este sentido, autores como David **Hume** representan una postura clave. Hume defendía que todo conocimiento válido proviene de la experiencia sensible: solo podemos afirmar la existencia de aquello que



percibimos mediante los sentidos o inferimos a partir de ellos. Sin embargo, ninguna experiencia empírica puede mostrarnos un ser infinito, eterno o trascendente. Por eso, toda afirmación sobre Dios —a favor o en contra— excede los límites legítimos de lo que podemos conocer. Lo divino, para Hume, no puede ser captado por nuestras facultades, y por ello cualquier conclusión definitiva sería injustificada.

Immanuel Kant llevó esta reflexión a un plano más profundo. Según su filosofía crítica, nuestra mente solo puede conocer los **fenómenos**, es decir, lo que aparece dentro del espacio, el tiempo y las leyes de la causalidad. Todo aquello que no pueda ser experimentado bajo estas condiciones —como Dios, el alma o el mundo como totalidad absoluta— queda fuera del ámbito del **conocimiento**. Sin embargo, Kant distingue con claridad entre **pensar** y **conocer**. Aunque no podemos **conocer** a Dios porque no es un objeto posible de experiencia, sí podemos **pensarlo**: la idea de Dios es legítima como concepto de la razón, un pensamiento que orienta la reflexión moral y metafísica, aunque nunca pueda convertirse en conocimiento científico o demostrable. Así, para Kant, la existencia de Dios no puede ser probada ni refutada por la razón teórica; es una cuestión que rebasa nuestros límites cognitivos.

A partir de estas reflexiones, el agnosticismo se presenta como una **postura intermedia y crítica**, que reconoce que la pregunta sobre Dios excede nuestras posibilidades de conocimiento seguro. Mientras el teísmo afirma que Dios existe y el ateísmo que no existe, el agnosticismo sostiene que la cuestión permanece abierta, bien porque nuestra mente está limitada, bien porque la propia naturaleza del problema impide una respuesta concluyente. En este sentido, el agnosticismo no es indiferencia ni desinterés, sino una forma de honestidad intelectual: aceptar que no todas las preguntas pueden ser resueltas dentro de los límites del conocimiento humano.

Postura	Definición general	Cómo concibe a Dios	Relación con el mundo	Argumentos o fundamentos principales
Teísmo	Afirma la existencia de un Dios personal y trascendente.	Dios es creador, omnipotente, omnisciente y moralmente perfecto.	Dios crea, sostiene, conoce e incluso puede intervenir en el mundo.	El universo necesita un fundamento último; orden, racionalidad y leyes naturales apuntan a un origen inteligente.
Ateísmo	Niega la existencia de Dios y la necesidad de postularlo.	Dios no existe: es una idea humana o innecesaria.	El universo es autosuficiente; puede explicarse mediante leyes naturales.	Crítica a la idea de Dios como proyección humana, muerte del fundamento absoluto, autonomía del sujeto, suficiencia de la ciencia.
Agnosticismo	Afirma que no podemos saber si Dios existe o no.	La existencia o inexistencia de Dios es incognoscible.	No toma postura afirmativa sobre Dios: la cuestión permanece abierta.	Límites del conocimiento humano, imposibilidad de probar realidades trascendentes, distinción entre pensar y conocer.

6.3. Pruebas filosóficas clásicas y razones contemporáneas para creer y no creer.

A lo largo de la historia del pensamiento, numerosos filósofos han elaborado argumentos a favor y en contra de la existencia de Dios. No se trata de pruebas científicas en sentido estricto, pues la existencia divina no puede verificarse empíricamente, sino de **razonamientos filosóficos que buscan mostrar si la idea de Dios es necesaria, plausible, innecesaria o incluso contradictoria**. Estos argumentos forman parte esencial de la metafísica, porque abordan la pregunta por el fundamento último de la realidad.



A) Argumentos clásicos para afirmar la existencia de Dios

1) El argumento cosmológico

Uno de los razonamientos más influyentes es el **argumento cosmológico**. Parte de una intuición muy sencilla: **nada existe sin una razón o causa que explique por qué está ahí**. Cuando observamos el mundo, vemos que todo depende de algo: una semilla proviene de un árbol, un edificio de unos arquitectos, una persona de sus padres. Aristóteles formuló esta idea afirmando que todo lo que comienza a existir tiene una causa que lo pone en movimiento o lo hace ser.

Si aplicamos esta idea al conjunto del universo, surge una pregunta metafísica: **¿puede la cadena de causas retroceder hacia atrás hasta el infinito?** Aristóteles y, siglos después, Santo Tomás de Aquino respondieron que no. Si cada cosa dependiera de otra anterior sin ningún punto de partida, entonces nada habría comenzado realmente a existir, igual que un tren no podría moverse si todos sus vagones dependieran de otro vagón, pero no hubiera locomotora.

Por esta razón, ambos filósofos sostienen que debe existir una **Primera Causa** que no dependa de nada anterior. Esta causa no es “la primera” en el tiempo, sino en el **orden del ser**: es lo que da existencia y coherencia a todo lo demás en cada instante. Santo Tomás la llamó *Causa Primera* o *Ser primero*, y Aristóteles la identificó con el *Primer Motor Inmóvil*, una realidad eterna que origina el movimiento sin ser movida por otra.

Es importante señalar que, según este argumento, esa Primera Causa **no sería una cosa más dentro del universo**, como un objeto o un planeta, sino algo radicalmente distinto: **el fundamento que sostiene la existencia de todo lo que existe**.

En resumen, **el argumento cosmológico intenta mostrar que la existencia del mundo requiere una explicación última, y que esa explicación no puede encontrarse dentro del propio universo, sino en una realidad que no necesita ser causada**.

2) El argumento teleológico

Otro razonamiento clásico a favor de la existencia de Dios es el **argumento teleológico**, también llamado **argumento del diseño**. Este planteamiento parte de una observación profundamente intuitiva: **cuando encontramos algo que muestra orden, coherencia y finalidad, solemos pensar que detrás de ello hay una inteligencia que lo ha diseñado**. Igual que un reloj, por su complejidad y precisión, nos lleva a suponer un relojero, muchos filósofos han considerado que el universo presenta rasgos que apuntan a un diseñador.

Desde la Antigüedad, pensadores como **Platón** y **Aristóteles** ya entendieron el cosmos como un orden racional. Platón hablaba de un *Demiurgo*, un artesano divino que organiza la materia caótica siguiendo proporciones matemáticas. Aristóteles, por su parte, afirmaba que en la naturaleza todo parece orientado a ciertos fines: las semillas tienden a ser árboles, los órganos cumplen funciones específicas, y los seres vivos actúan buscando su propio bien. Esta orientación finalista sugeriría que la realidad no es un conjunto de hechos caóticos, sino un sistema estructurado.

Los **estoicos** reforzaron esta idea: para ellos, el universo es un organismo racional dirigido por el *logos*, un principio divino que impregna y ordena todas las cosas. La regularidad de los astros, el equilibrio de la naturaleza y la coherencia del mundo eran signos de una inteligencia que gobierna el todo.

Con la ciencia moderna, este tipo de argumento no desapareció; al contrario, tuvo nuevas formulaciones. **Newton**, al estudiar la gravedad y las leyes del movimiento, consideró que el orden



matemático del universo era demasiado preciso como para ser fruto del azar. La exactitud de las leyes naturales —que pueden expresarse en fórmulas tan simples como $F = ma$ — fue interpretada como prueba de que el cosmos responde a un diseño racional.

En tiempos más recientes, algunas reflexiones contemporáneas han retomado este enfoque desde otra perspectiva. La llamada **hipótesis del “ajuste fino”** observa que ciertas constantes físicas del universo (como la velocidad de expansión del cosmos o la carga del electrón) parecen extraordinariamente precisas para permitir la existencia de vida. Si esos valores fueran ligeramente distintos, las estrellas, los planetas o la química compleja no podrían darse. Algunos filósofos y científicos interpretan esta coincidencia como un posible indicio de una inteligencia que configuró el universo con un propósito.

El argumento teleológico no pretende probar de manera científica la existencia de Dios, sino mostrar que el **orden, la regularidad y la adecuación sorprendente del mundo** pueden entenderse mejor si se presupone una inteligencia ordenadora. Lo que este razonamiento pone sobre la mesa es una pregunta metafísica: **¿es el cosmos fruto de un diseño o de procesos impersonales?** La respuesta a esta pregunta sigue siendo uno de los debates más profundos en la intersección entre ciencia y filosofía.

3) El argumento moral

El argumento moral parte de una intuición sencilla: **la moralidad parece tener un valor objetivo, es decir, algunas acciones son buenas o malas independientemente de nuestras opiniones**. Además, los seres humanos experimentamos dentro de nosotros una **exigencia moral**, un deber que nos impulsa a actuar correctamente incluso cuando no nos conviene.

Kant convirtió esta intuición en una reflexión filosófica profunda. Según él, esta **“ley moral en mí”** —la voz interior que nos manda obrar bien— no puede explicarse únicamente por causas naturales o psicológicas. Para que el deber moral tenga sentido pleno, debe ser posible una armonía entre **virtud** y **felicidad**, algo que no siempre ocurre en nuestra experiencia cotidiana: a menudo las personas buenas sufren y las injustas prosperan.

Para Kant, esta idea de una justicia moral última exige postular la existencia de un **fundamento racional y moral** que garantice esa armonía, aunque no podamos observarla en el mundo sensible. Ese fundamento es lo que Kant llama **Dios: un ser racional, justo y bueno que hace posible que el orden moral no sea una simple ilusión**.

Kant no presenta este argumento como una prueba científica ni como una demostración teórica —ya que, según él, Dios no puede ser conocido empíricamente—, sino como un **postulado de la razón práctica**: una idea que la razón humana necesita para sostener el sentido del deber y la posibilidad de un orden moral coherente.

En esta perspectiva, **la moralidad apunta hacia Dios**, no como un hecho demostrable, sino como la condición que da coherencia a nuestra experiencia moral

4) El argumento ontológico

El argumento ontológico es uno de los razonamientos más famosos —y también más discutidos— de la historia de la filosofía. Fue formulado por **San Anselmo** en el siglo XI y, siglos después, **Descartes** lo reinterpretó dentro de su propia metafísica.

El argumento ontológico parte de una idea sencilla pero ambiciosa: intentar demostrar la existencia de Dios **solo mediante el análisis del concepto de Dios**, sin recurrir a la experiencia o a la observación del



mundo. Según este razonamiento, Dios se entiende como **el ser absolutamente perfecto**, aquel del que no es posible pensar otro mayor. Ahora bien, si profundizamos en lo que significa “ser perfecto”, descubrimos que **existir** es una cualidad o perfección necesaria: un ser que existe realmente es más perfecto que uno que solo existe en la mente.

A partir de esta premisa, el argumento sostiene que si concebimos a Dios como el ser absolutamente perfecto, no podemos pensar en él como inexistente, porque un ser que no existe carecería de una perfección esencial. Por tanto, la propia idea de Dios implica su existencia: **no sería coherente definir un ser perfecto que no existiese**, igual que no sería coherente definir un triángulo sin tres lados. De este modo, la existencia de Dios no se extraería de la experiencia, sino que se desprendería directamente del significado del concepto “Dios”.

Este razonamiento ha sido enormemente influyente y muy discutido. Sus defensores lo ven como una prueba lógica de gran profundidad, mientras que sus críticos señalan que no puede derivarse la existencia real de un ser a partir de una definición o de una idea. A pesar de las controversias, el argumento ontológico sigue ocupando un lugar central en la metafísica porque plantea un problema filosófico fascinante: **¿puede algo existir necesariamente solo porque su concepto exige que exista?**

Tipo de argumento	Idea central	Autores / Tradición	Qué pretende mostrar
1. Cosmológico	Todo lo que existe tiene una causa; no puede haber una cadena infinita → debe existir una Primera Causa no causada.	Aristóteles (Primer Motor), Tomás de Aquino	Que el universo requiere un fundamento último que dé razón de su existencia.
2. Teleológico (diseño)	El orden, regularidad y finalidad del universo apuntan a una inteligencia ordenadora.	Platón (Demiurgo), Aristóteles, estoicos, Newton	Que la complejidad y armonía del mundo sugieren un diseñador.
3. Moral	La existencia de valores objetivos y la experiencia del deber requieren un fundamento moral último.	Kant (ley moral, postulado de la razón práctica)	Que la moralidad necesita un garante supremo que dé sentido al deber moral.
4. Ontológico	La idea de un ser absolutamente perfecto implica su existencia, porque existir es una perfección necesaria.	San Anselmo, Descartes	Que la existencia de Dios se deduce del concepto mismo de perfección.

B) Razones contemporáneas para creer

En la actualidad, aunque el debate sobre la existencia de Dios suele formularse en un marco más científico y plural, siguen existiendo argumentos que muchos consideran plausibles para sostener una visión teísta del mundo.

Uno de los más influyentes es el del **ajuste fino del universo**. Las constantes físicas —como la fuerza de la gravedad, la carga del electrón o la velocidad de expansión del cosmos— presentan valores extremadamente precisos que permiten la existencia de galaxias, estrellas, planetas y, finalmente, vida. Variaciones mínimas habrían hecho imposible un universo habitable. Algunos científicos y filósofos interpretan esta sorprendente precisión como un indicio de diseño o intencionalidad, mientras que otros lo explican mediante hipótesis alternativas, como la existencia de múltiples universos.



Otra línea de reflexión contemporánea se centra en el **misterio mismo de la existencia**. La ciencia moderna puede describir cómo evolucionan los sistemas físicos o cómo emerge la vida, pero sigue sin responder a una cuestión de fondo: *¿por qué existe algo en lugar de nada?* Esta pregunta, de carácter metafísico, ha llevado a ciertos pensadores a postular una realidad originaria y autosuficiente que dé razón del ser de todo lo demás, lo que algunos identifican con la idea de Dios como fundamento último.

La **experiencia religiosa** constituye también un argumento que muchos consideran significativo. A lo largo de la historia y en prácticamente todas las culturas, los seres humanos han informado de experiencias de trascendencia, presencia divina o conexión profunda con una realidad superior. Aunque estas vivencias pueden interpretarse de diferentes modos —psicológicos, culturales o espirituales—, para quienes las toman en serio constituyen un indicio fenomenológico de que el ser humano podría estar abierto a una dimensión que trasciende lo puramente material.

Finalmente, algunos filósofos contemporáneos ven en los **valores morales universales** un posible punto de apoyo para una visión teísta. La intuición de que ciertas acciones son objetivamente buenas o malas —como la justicia, la dignidad o el respeto a las personas— parece requerir un fundamento ético que vaya más allá de acuerdos sociales cambiantes o procesos evolutivos. Desde esta perspectiva, Dios se presenta como el garante último de la objetividad moral y de la dignidad humana.

C) Razones contemporáneas para no creer

Junto a los argumentos que apoyan la existencia de Dios, también han surgido en la época moderna y contemporánea razones de peso que cuestionan la validez de la hipótesis teísta. El argumento más influyente es, sin duda, el **problema del mal**. Si Dios es omnipotente (puede evitar el mal) y absolutamente bueno (quiere evitarlo), ¿cómo explicar la presencia de sufrimiento, injusticia, enfermedades o catástrofes naturales? Esta contradicción aparente ha sido formulada desde la Antigüedad —ya por Epicuro— y sigue siendo uno de los desafíos más fuertes para el teísmo: ¿por qué existe tanto dolor innecesario? Para muchos pensadores, el mal resulta difícil de conciliar con la idea de un ser omnipotente y moralmente perfecto.

Otra razón habitual para rechazar la existencia de Dios se apoya en el **éxito de las explicaciones científicas**. A medida que la física moderna, la biología evolutiva o la cosmología han ampliado nuestra comprensión del universo, algunos filósofos y científicos consideran que ya no es necesario recurrir a una causa sobrenatural para explicar los fenómenos naturales. La formación de galaxias, el origen de la vida, la conciencia humana o la diversidad biológica cuentan hoy con explicaciones que dependen de leyes naturales, sin apelar a un agente divino. Desde esta perspectiva, la hipótesis de Dios se considera innecesaria para comprender el funcionamiento del mundo.

La **pluralidad de religiones** constituye otro argumento relevante. A lo largo de la historia han surgido numerosas tradiciones religiosas —a menudo incompatibles entre sí— que afirman poseer verdades últimas sobre Dios, el sentido del mundo y la moral. Para algunos críticos, este desacuerdo profundo dificulta la idea de una única revelación verdadera. Si culturas distintas sostienen creencias contradictorias, ¿cómo justificar racionalmente que una sola de ellas sea correcta? Esta diversidad se interpreta como un indicio de que las creencias religiosas pueden depender más de factores culturales e históricos que de una realidad trascendente.

Por último, ciertos filósofos contemporáneos plantean **objeciones conceptuales** al propio contenido del teísmo tradicional. Argumentan que atribuir a Dios cualidades como omnipotencia, omnisciencia o providencia puede generar paradojas lógicas: ¿puede un ser omnipotente crear una piedra que él mismo no pueda mover?, ¿cómo puede un Dios que lo sabe todo compatibilizar la omnisciencia con la libertad humana?, ¿puede existir un ser atemporal que actúe en el tiempo? Estas preguntas no buscan ser meros juegos intelectuales, sino mostrar que el concepto clásico de Dios podría contener tensiones internas difíciles de resolver.



En conjunto, estos argumentos no pretenden demostrar de forma concluyente la inexistencia de Dios, pero sí cuestionan la coherencia, necesidad o plausibilidad de la idea teísta desde perspectivas éticas, científicas y conceptuales. Por ello, forman parte esencial del debate contemporáneo sobre el lugar de lo divino en la comprensión filosófica de la realidad.

Tipo de razón	Idea central	Qué sugiere o cuestiona
Ajuste fino del universo (Razón para creer)	Las constantes físicas del cosmos parecen extraordinariamente precisas para permitir la vida.	Sugiere que esta precisión podría apuntar a un diseño o intencionalidad.
Misterio de la existencia ("por qué hay algo y no nada") (Razón para creer)	La ciencia explica el "cómo", pero no el motivo último de la existencia del universo.	Apunta a un fundamento metafísico originario, que algunos identifican con Dios.
Experiencia religiosa (Razón para creer)	Experiencias de trascendencia presentes en culturas y épocas diversas.	Para muchos, son indicios fenomenológicos de una realidad que trasciende lo material.
Valores morales objetivos (Razón para creer)	La intuición de bienes universales (justicia, dignidad, deber).	Sugiere la necesidad de un fundamento ético último que garantice su validez.
Problema del mal (Razón para no creer)	El sufrimiento, la injusticia o las catástrofes parecen incompatibles con un Dios omnipotente y bueno.	Cuestiona la coherencia interna del teísmo tradicional.
Suficiencia de las explicaciones científicas (Razón para no creer)	La física, la biología o la cosmología explican el mundo sin recurrir a Dios.	Sostiene que la hipótesis divina es innecesaria para comprender la realidad.
Pluralidad de religiones (Razón para no creer)	Las diversas doctrinas religiosas ofrecen visiones incompatibles.	Sugiere que las creencias pueden ser producto de factores culturales más que de una revelación verdadera.
Problemas conceptuales del teísmo (Razón para no creer)	Atributos como omnipotencia u omnisciencia generan paradojas lógicas.	Cuestiona la coherencia del concepto tradicional de Dios.

En conclusión, el problema de la existencia de Dios continúa siendo uno de los grandes temas de la metafísica. No se trata de una cuestión empírica, sino conceptual, racional y existencial, que afecta a nuestra comprensión del universo, del sentido de la vida, de la moralidad y del lugar del ser humano en el cosmos. Teísmo, ateísmo y agnosticismo representan respuestas distintas a un mismo interrogante fundamental. Lejos de estar resuelto, el debate sigue abierto, mostrando que el problema de Dios forma parte del intento humano de comprender la realidad en su totalidad.

7. Síntesis y reflexión final

La metafísica nos enfrenta a preguntas que nunca se cierran del todo y que, sin embargo, orientan nuestra manera de vivir. Preguntar por el ser, por la libertad, por el fundamento del mundo o por la posibilidad de Dios no es solo un ejercicio intelectual: es una forma de situarnos ante la realidad con profundidad y responsabilidad. En un mundo que a menudo privilegia lo inmediato y lo útil, la metafísica nos recuerda que comprender implica ir más allá de lo evidente y preguntarnos por aquello que sostiene lo que vemos.

Su importancia no reside en ofrecer respuestas definitivas, sino en ensanchar la mirada con la que interpretamos la existencia. Al pensar si todo está determinado o si realmente somos libres, si lo real es necesario o contingente, o si el universo necesita un fundamento último, ensayamos también una comprensión de nosotros mismos. La metafísica se convierte así en un ejercicio de autoconocimiento y de apertura: nos muestra que vivir humanamente implica no conformarse con lo superficial, sino buscar sentido, fundamento y coherencia.



Por eso, aunque sus preguntas sean antiguas y sus debates complejos, la metafísica sigue siendo actual. Allí donde surge el asombro, la duda o la necesidad de comprender lo esencial, la metafísica vuelve a aparecer. Y quizá su mayor enseñanza sea esta: que el mundo no está dado de una vez por todas, sino que exige ser pensado; y que pensar, en el sentido más profundo, es un modo de cuidar la verdad y de cuidar también nuestra propia humanidad.

Bibliografía

Manuales de Filosofía

- Pérez Carrasco, F. J. *Filosofía*. 1º Bachillerato. Oxford Educación, 2002
- Castillo Córdova, G. *Introducción a la Filosofía*. Piura, Facultad de Humanidades, 2013
- Sánchez Meca y Mateu Alonso. *Filosofía*. 1º Bachillerato. Anaya, 2015
- Bugarín Lago, A. *Filosofía*. 1º Bachillerato. Paraninfo, 2018

Recomendados

- García Morente, M. *El hecho extraordinario*. Encuentro, 2025.
- Chesterton, G.K. *Razones para la fe*. Styria, 2008.

Otros

- Comellas García-Lera, *Historia sencilla de la ciencia*. Ediciones Rialp, 2007.
- Martínez, Martínez, J.F. *Metafísicai*. UNED, 1991.